

ANIMACHEN  
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 25 DE DICIEMBRE DE 1842.

El Caballero d'Harmental.

Novela en cuatro partes.

CUARTA Y ÚLTIMA PARTE.

Continuacion del capitulo sexto.

DIOS DISPONE.

El coche continuaba adelantándose: ya el correo de gabinete habia pasado de d'Harmental y Valef, cuando de pronto fué á tropezar con d'Avranches, que levantándose echó mano á la brida del caballo y apagó al correo de gabinete la luz. Al ver esto, los cocheros quisieron volver el carruage; pero era tarde; Pompadour y Laval se habian lanzado á ellos, y los detenian amenazándoles con las pistolas, mientras que d'Harmental y Valef, presentándose á las portezuelas, apagaban los faroles y manifestaban al príncipe que no se atentaba contra su vida si no hacia resistencia; pero que si por el contrario se defendia ó gritaba, estaban decididos á recurrir al último estremo.

Contra lo que d'Harmental y Valef esperaban, conociendo el valor perso-

nal del príncipe regente, este se contentó con decir: «Está bien, señores, no me hagais mal, y conducidme donde quisiéreis.»

D'Harmental y Valef echaron entonces una mirada sobre el camino, y vieron á Laval, Pompadour y d'Avranches, que conducian al bosque á los cocheros y al correo de gabinete. El caballero saltó al momento de su caballo, montó el del primer postillon, Laval y Valef se colocaron cada uno en una portezuela, el coche marchó al galope, tomó por el primer camino que encontró á la izquierda, y principió á caminar sin luz ni ruido en direccion de Charenton. Las medidas estaban tan bien tomadas, que en todo esto no se habian invertido cinco minutos, ninguna resistencia se experimentaba, y ni un solo grito se habia escuchado. Decididamente la fortuna favorecia esta vez á los conjurados.

Pero al llegar un poco mas adelante encontró d'Harmental el primer obstáculo: el camino, bien fuese casualidad, bien cosa hecha con premeditacion, estaba cortado. Necesario fué, pues, volver atrás para tomar por otro. El caballero dió vuelta á los caballos, y desandando lo andado tomó por un camino lateral, comenzando con mas vigor la carrera por un momento suspendida.

El nuevo camino que tomó el caballero conducia á una encrucijada, y de ella salia otro que iba derecho á Charenton. No habia, pues, que perder tiempo, porque en todo caso era preciso atravesar la encrucijada. Por un instante creyó ver en la oscuridad hombres que se movian; pero esta especie de vision desapareció como el humo, y el carruage continuó su camino sin obstáculos. Al acercarse á la encrucijada creyó d'Harmental oír el relincho de un caballo, y una especie de sonido como el que producen los sables al salir de sus vainas; pero bien fuera que lo atribuyese al movimiento que el viento causaba en los árboles, bien que creyera ser otra especie de ruido que nunca deberia detenerle, lo cierto es que continuó su camino con la misma celeridad, el mismo silencio, y en medio de las mismas tinieblas.

Pero al llegar ya á la encrucijada vió d'Harmental una cosa verdaderamente estraña, que era una especie de muralla que cerraba todos los caminos que salian á ella. Evidente era que allí ocurría algo de nuevo. D'Harmental detuvo el coche al instante, quiso volver atrás; pero otra muralla igual se habia formado á su espalda: al mismo tiempo oyó la voz de Valef y de Laval que gritaron: *Sálvese quien pueda*, estamos cercados: y ambos á dos, abandonando las portezuelas en el acto, se lanzaron al bosque y desaparecieron en la maleza. Pero á d'Harmental, que montaba un caballo enganchado al coche, era imposible seguir á sus compañeros. No pudiendo pasar aquella muralla viva que comenzaba á reconocer por un cordón de soldados, trató de derribarla metiendo espuela á su caballo, adelantándose con pistola en mano hácia el camino mas inmediato, sin pensar en que fuera ó no el que le convenia seguir, pero apenas habia dado diez pasos, cuando una bala de fusil rompió la cabeza al caballo, que cayó del golpe cogiendo debajo una pierna al caballero.

Diez ó doce soldados, echando pié á tierra, se arrojaron sobre el caballero, quien disparó al acaso una de sus pistolas, aplicándose á una sien la otra para levantarse la tapa de los sesos; pero no le dieron tiempo. Dos soldados le detuvieron el brazo, y otros cuatro le sacaron de debajo del caballo. En seguida hicieron bajar del carruage al pretendido príncipe, que no era otra cosa mas que un criado disfrazado, hicieron entrar en él á d'Harmental,

dos oficiales se colocaron á su lado, engancharon otro caballo en lugar del que habia muerto, el coche se puso otra vez en camino, tomó nueva direccion escoltado por una compañía de tropa. Un cuarto de hora despues, rodaba sobre un puente levadizo, una puerta muy fuerte rechinaba sobre sus goznes, y d'Harmental pasaba por un callejon sombrío, á cuyo opuesto extremo le esperaba un oficial con uniforme de coronel.

Este era Mr. de Lannay, gobernador de la Bastilla.

Ahora, si nuestros lectores desean saber cómo se descubrió el complot, recuerden la conversacion de Dubois y de la Fillon. La comadre del primer ministro, tendrán presente que sospechaba que el capitán Roqueffiette estuviese metido en alguna conspiracion; y que vino á denunciarlo á condicion de que le salvaran la vida. Algunos dias despues vió á d'Harmental entrar en su casa, le reconoció por el jóven caballero que dias antes habia tenido una conferencia con el capitán, y habiendo subido tras él, desde el cuarto inmediato, por medio de un agujero abierto en un tabique, lo estuvo oyendo todo.

Lo que escuchó, pues, fué el proyecto de coger al regente á su vuelta de Chelles: Dubois habia sido avisado por ella misma, y á fin de coger á todos los culpables *infraganti*, hizo vestir á Bourguignon un traje del regente, y colocó tropas en el bosque de Vincennes. Hemos visto cuál fué el resultado de la estratagema. El jefe del complot fué efectivamente cogido *infraganti*; y como el primer ministro sabia lo nombres de los demas conjurados, era probable que les quedara poca esperanza de escapar de la vasta red en que á la hora aquella los tenia á todos envueltos.

---

## CAPÍTULO VII.

### LA MEMORIA DE UN PRIMER MINISTRO.

Cuando Bathilde abrió los ojos se encontró acostada en la habitacion de madamoiselle Emilia. Mirza estaba echada á los pies de la cama, las dos hermanas se hallaban una á cada lado de la cabecera, y Buvat, traspasado de dolor, estaba sentado en un rincon con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos colocadas sobre las rodillas.

En un principio todos los pensamientos de la jóven fueron confusos, y su primer sentimiento fué el del dolor físico, llevándose la mano á la cabeza donde tenia la herida. Un cirujano que habian llamado, despues de hacerle la primera cura, advirtió que le avisáran si se declaraba la calentura.

Admirada de hallarse, al despertar de un sueño que tan pesado y doloroso le habia parecido, acostada en una casa estraña, la jóven echó una mirada indagatoria sobre cada una de las personas que se hallaban á su lado; pero Athenais y Emilia volvieron los ojos, Buvat lanzó un profundo gemido, y Mirza sola alargó la cabeza como buscando una caricia.

Por desgracia, los recuerdos comenzaban á volver á la imaginacion de Bathilde, el velo que habia entre su memoria y los pasados sucesos comenzaba á correrse, y bien pronto unió ella los rotos hilos que podian guiarla para volver á seguir el camino de lo pasado. Recordó la vuelta de Buvat, lo que éste la habia contado de la conspiracion, el riesgo que corria d'Harmental por

la delacion que él habia hecho, y la esperanza que ella concibió de llegar aun á tiempo para salvarle, la rapidez con que atravesó la calle y subió la escalera; por último vino á su memoria la entrada en el cuarto de Raoul, y lanzando un nuevo grito de terror, como si tuviera delante el cadáver del capitán.

— ¿Y él, exclamó? ¿él, que se ha hecho?

Nadie le contestó, porque ninguna de las personas que estaban presentes podia responderle. Unicamente Buvat, ahogándose en lágrimas, se levantó y se dirigió á la puerta. Bathilde conoció todo el dolor, todo el remordimiento que manifestaba aquella muda salida, y detuvo á Buvat con una mirada. Después, tendiendo hácia él los brazos:

— Papaito le preguntó: qué es eso ¿no amais ya á vuestra pobre Bathilde?

— ¡No amarte yo, hija de mi alma! exclamó Buvat cayendo de rodillas junto á la cama y besando los pies de Bathilde por encima de las mantas, ¡no amarte yo, Dios mio! tú por el contrario eres quien no me querrás, y tendrás para ello mil razones, porque soy un miserable! Yo he debido adivinar que ese jóven te amaba, y arriesgarlo todo, sufrirlo todo antes que.... Mas tú nada me habias dicho, no has tenido conmigo confianza, y.... ¡qué quieres! yo con las mejores intenciones del mundo no hago mas que necedades. ¡Oh desgraciado de mi! exclamó Buvat sollozando, ¿cómo me has de perdonar nunca? y si tu no me perdonas ¿cómo he de vivir en este mundo?

— Papaito, contestó Bathilde, Papaito, lo único que os suplico es que procureis informaros de su suerte.

— ¡Bien, hija mia, bien! voy á informarme. ¿Me perdonarás si te traigo buenas noticias? Y... si son malas.... detéstame, aborreceme aun mas: eso es muy justo; ¿pero no te morirás, es verdad?

— Marchad, marchad, dijo Bathilde echando los brazos al cuello de Buvat, y dándole un beso en el que quince años de gratitud luchaban con un día de dolor. ¡Marchad! mi vida está en manos del Señor. Dios decidirá si debo ó no vivir.

Buvat en todo esto lo único que comprendió fué el beso que acababa de recibir: figurósele que si Bathilde le aborreciera mucho no le habria dado aquel beso, y medio consolado ya, cogió su sombrero y baston, se informó de madame Denis del traje que llevaba el caballero, y salió á indagar noticias suyas.

No era cosa fácil, sobre todo para un hombre tan sencillo como Buvat, seguir la pista de Raoul. Una vecina le dijo desde luego que lo habia visto saltar sobre un caballo tordo, que habia estado como una media hora atado á la reja, y que montado en él volvió la esquina de la calle de Gros Chenet: otro tendero conocido que vivia en la esquina de la calle de Teuueurs recordaba haber visto pasar á galope, en un caballo como el que se le decia, un caballero cuyas señas venian perfectamente con las que daba Buvat; por último, una frutera que tenia su puesto en la esquina del boulevard, juraba y perjuraba que habia visto á la persona por quien se le preguntaba, desaparecer por la bajada á la puerta de Saint-Martin; pero fuera de estas noticias, todo lo demas eran dichos vagos, inciertos, insignificantes, de manera que, despues de dos horas de pesquisas, volvió Buvat á casa de madame Denis sin traer otras noticias de Bathilde mas, sino que donde quiera que d'Harmental hubiese ido habia marchado por el boulevard Bonne-Nouvelle.

Buvat á la vuelta encontró á su pupila mas agitada: el mal durante su

ausencia habia hecho grandes progresos, y la crisis prevista por el facultativo se acercaba. Bathilde tenia los ojos encendidos, encarnada la cara, y hablaba poco. Madame Denis acababa de mandar avisar al médico.

La pobre muger no estaba ella misma sin bastante inquietud. Hacia mucho tiempo que sospechaba que el abad Brigaud estuviese metido en alguna trama política, y lo que acababa de saber de que d'Harmental no era un simple estudiante, como se le imponia, sino un gallardo coronel, la confirmaba en sus conjeturas, pues Brigaud era quien habia llevado á d'Harmental á su casa. Esta semejanza de situacion no habia contribuido poco á enternecer su alma, excelente por otra parte, en favor de Bathilde. Asi fué, que escuchó con avidez las pocas noticias que Buvat traia á la enferma, y como distaban mucho de ser seguras y á propósito para calmarla, ella misma le prometió, que si por su parte sabia alguna otra cosa, al momento se la diria.

En esto llegó el médico. Por más que tratara de disimular, fácil fué conocer en su semblante que el estado de Bathilde habia empeorado mucho; al momento le hizo una larga sangría; le mandó dar refrescos, y encargó por último que no se separara una persona de la cabecera de su cama. Emilia y Athenais, que aparte de sus pequeñas ridiculeces eran en el fondo dos excelentes muchachas, manifestaron entónces que querian hacerse cargo de aquel trabajo, y que pasarian la noche velando cada cual á su vez á la cabecera de Bathilde. Emilia como mayor, quiso velar la primera, y su hermana se convino.

Por lo que hace á Buvat, como frecuentemente tenia que salir de la habitacion para que con libertad pudiesen dar á Bathilde los auxilios que su estado reclamaba, y como por otra parte sus sordos gemidos y sus mal ahogados suspiros no servian mas que para inquietar á la enferma, se le invitó á que se volviera á su casa, lo cual no quiso hacer hasta que Bathilde misma se lo suplicó.

La sangría habia tranquilizado un poco á la enferma, que al parecer se hallaba mejorada. Madame Denis habia salido del cuarto, Athenais por un momento habia entrado en el suyo, Bonifacio, de vuelta de la cárcel donde habia estado á hacer una visita al cadáver del capitan Roqueffinette, habia subido al quinto piso, y Emilia velaba en el rincón de la chimenea, leyendo un pequeño libro que habia sacado de la faltriquera, cuando sonaron dos fuertes golpes en la puerta, que denotaban cierta priesa y agitacion en la persona que los daba. Bathilde tembló, y se incorporó en la cama, apoyándose sobre el codo, Emilia metió su libro en la faltriquera, y habiendo advertido el movimiento de la enferma, corrió á la cama; despues hubo un momento de silencio, durante el cual se oyeron abrir y cerrar dos ó tres puertas, y por último se escuchó una voz; pero antes de que Emilia hubiera podido decir: no es la voz de Mr. Raoul, sino la del abad Brigaud, Bathilde habia vuelto á caer ya sobre la almohada.

Un instante despues entreabrió la puerta madame Denis, y con voz alterada llamó á Emilia: Emilia salió, y Bathilde quedó sola.

De repente se sobresaltó la jóven. El abad estaba en un cuarto contiguo al suyo, y se le figuró que habia oido pronunciar el nombre de Raoul. Al mismo tiempo recordó haber visto muchas veces al abad en casa de d'Harmental, sabia que el mismo era uno de los amigos mas allegados á madame del Maine, y creyó desde luego que este podria darle algunas noticias. Su primer impulso fué bajarse de la cama, ponerse un vestido y salir á pregun-

tarle; pero consideró que si las noticias eran malas, no se las daría, y juzgó por consiguiente mas oportuno tratar de oír la conversacion que parecia muy animada. Asi, pues, aplicó el oído contra el tabique, y como si toda su vitalidad se hubiera reconcentrado en este solo sentido, escuchó con afán cuanto se decia.

Brigaud estaba dando cuenta á madame Denis de lo que habia ocurrido. Valef habia llegado al arrabal Saint-Antoine á la casa número 15, para dar parte á madame del Maine de que todo habia salido mal, madame del Maine al momento habia dejado á los conjurados en libertad para obrar como cada cual creyera conveniente, invitando á Malezieux y Brigaud á que huyeran. Por lo que á ella hace, se habia decidido á permanecer en el arsenal. Brigaud, pues, venia á despedirse de madame Denis para salir al momento de Paris y dirigirse á España disfrazado.

En medio de su relacion; interrumpida á cada instante por las exclamaciones de la pobre madame Denis y de las señoritas Emilia y Athenais, pareció al abad, cuando estaba contando la catástrofe de d'Harmental, haber oído un grito en la habitacion inmediata; pero como nadie paró en ello la atencion, y como ignoraba que Bathilde estuviese allí, no dió importancia á este ruido, sobre cuya naturaleza creia haberse engañado. Por otra parte, Bonifacio, llamado á su vez, habia entrado justamente en aquel acto, y como el abad le tenia mucho cariño, su aparicion dirigió los sentimientos de Brigaud á impresiones y afectos puramente paternales.

Sin embargo, no era aquella la ocasion de las largas despedidas. Brigaud deseaba que el dia le amaneciera lo mas lejos posible de Paris, de modo quedando el último á Dios á toda la familia Denis, salió acompañado de Bonifacio, quien declaró que queria ir con su amigo Brigaud hasta las puertas.

Quando abrieron la que daba á la escalera, oyeron la voz del portero que parecia oponerse á la entrada de alguna persona, y al momento bajaron para informarse del motivo de la disputa. Bathilde, con el cabello snelto, descalza y envuelta en una gran sábana, estaba de pie en la escalera queriendo salir, no obstante la oposicion del portero. La pobre todo lo habia oído, su calentura se habia aumentado hasta el delirio, queria unirse á Raoul, verlo, morir con él. Las tres señoras la cogieron en sus brazos; por un momento trató de resistirse articulando palabras inconexas, teniendo inflamadas sus mejillas con la calentura, mientras por otro lado temblaban todos sus miembros y daba diente con diente. Pero sus fuerzas se agotaron en breve, y dejando caer la cabeza atrás, pronunció por última vez el nombre de Raoul, y volvió á quedar desmayada.

De nuevo se volvió á mandar buscar al médico: lo que este habia temido al principio se verificaba ya: una calentura cerebral acababa de declararse. En aquel instante llamaron á la puerta: este era Buvat, á quien Brigaud y Bonifacio habian encontrado errante como una alma en pena delante de la puerta, y que, no pudiendo resistir á su inquietud, venia á solicitar que le dejaran permanecer en un rincon cualquiera del cuarto que se quisiese, con tal de que á cada instante pudiera tener noticias del estado de Bathilde. La pobre familia Denis estaba muy afectada con sus propios disgustos para comprender todo el dolor de las demas. Madame Denis hizo señas á Buvat para que se sentara en un rincon; y se retiró á su cuarto con Athenais dejando de nuevo á Emilia para cuidar de la enferma. Al amanecer entró Bonifacio que habia acompañado á Brigaud hasta las puertas, donde el abad le dejó, con-

fiando, gracias al buen caballo que montaba y al disfraz que vestia, poder ganar la frontera de España.

El delirio de Bathilde continuaba; toda la noche habia estado hablando de Raoul; muchas veces habia pronunciado tambien el nombre de Buvat, y siempre acusándole de haber asesinado á su amante: cada vez que esto oia el pobre pendolista, sin osar defenderse, sin osar responder, sin osar siquiera quejarse, se deshacia en lágrimas buscando en su pensamiento algun medio de reparar el mal que habia causado. Al fin llegó el día; pareció como que habia tomado una resoluciou enérgica, se acercó á la cama, besó la mano ardiente de Bathilde que le miró sin conocerle, y salió.

Buvat, en efecto, acababa de tomar un partido extremo: este era el de ir á ver á Dubois, decírsele todo, y pedirle por única recompensa en vez del pago de sus atrasos, en vez de ascensos en la biblioteca el perdón de d'Harmental. Esto seguramente era la menor cosa que podia concederse á un hombre á quien el regente mismo habia llamado el salvador de la Francia. Buvat no dudaba, pues poder volver muy pronto con esta buena noticia, y creia que por ese medio haria recobrar la salud á Bathilde.

En consecuencia de esta determinacion, Buvat volvió á subir á su casa para reparar el desorden de su *toilette*, que se resentia mucho de los sucesos de la víspera, y de las emociones de aquella noche: por otra parte, tampoco queria presentarse demasiado temprano en casa del ministro por miedo de incomodar. Concluida la *toilette*, como no eran todavía mas de las nueve, entró un instante en el cuarto de Bathilde, que encontró en el mismo estado en que le dejó la joven el día anterior. Buvat se sentó en la silla que ella solia ocupar, tocó los objetos que con preferencia solia tocar, besó los pies del crucifijo que ella besaba todas las noches, y cualquiera le hubiese creido un amante que volvia á ver los sitios abandonados por su querida.

Las diez sonaron entonces en el reloj. Esta era la hora en que Buvat hacia ya muchos días que iba á Palais-Royal. El temor de parecer importuno hizo lugar á la esperanza de ser recibido como siempre lo habia sido. Buvat, pues, cogió su baston y sombrero, subió á casa de madame Denis para saber como continuaba Bathilde desde que él habia salido, y supo que no cesaba de llamar á Raoul, y que el médico la habia mandado sangrar por tercera vez. El buen hombre lanzó un profundo suspiro, levantó sus rebentones ojos al cielo como para tomarle por testigo de que iba á hacer cuanto pudiese para traer pronto consuelo á las penas de su pupila, y en seguida se dirigió á Palais-Royal.

El momento era mal elegido: Dubois, que hacia cinco ó seis días que continuamente estaba de pie y sin descanso, sufría horriblemente con la enfermedad de que pocos meses despues debia morir, y estaba ademas de tan mal humor porque únicamente habian cogido á d'Harmental que acababa de dar orden á Leblanc y á d'Argenson para que aceleraran el proceso con la mayor actividad, cuando su ayuda de cámara que acostumbraba ver llegar todas las mañanas al digno pendolista, anunció á M. Buvat.

— ¿Quién es ese M. Buvat? preguntó Dubois.

— Soy yo, señor, dijo el pobre copiante arriesgándose á entrar tras el ayuda de cámara, y haciendo una profunda cortesía al primer ministro.

— ¿Y quién sois vos? preguntó Dubois como si jamás le hubiera visto.

— Cómo, señor, contestó Buvat admirado, ¿no me conocéis ya? Vengo á daros la enhorabuena por el descubrimiento de la conspiracion.

— Tengo demasiadas enhorabuenas como esas; gracias por la vuestra, M. Buvat, replicó Dubois con un tono muy seco.

— pero, señor, vengo á pedirlos tambien un favor.

— ¡Un favor! ¿y con qué título?

— Pero.... dijo Buvat balbuciente, pero señor, recordad que me habeis ofrecido una recompensa.

— ¡Una recompensa! ¡á tí pícaro bribon!

— ¡Cómo así, señor! pues no recordais, repuso Buvat cada vez mas asustado, que vos mismo me habeis dicho aqui, en este gabinete, que yo tenia mi fortuna en mis manos?

— Pues bien; contestó Dubois, hoy te digo que tienes tu vida en tus piernas, porque si no te quitas de delante....

— Pero señor....

— ¡Bribon! ¿con qué quieres argüirme y razonar? exclamó Dubois levantándose con una mano sobre el brazo de su sillón. Espera, espera, ahora verás....

Buvat habia visto lo bastante; en el gesto amenazador del ministro conoció lo que iba á pasarle, y volvió la espalda por mas ligero que quiso huir, todavía oyó á Dubois que con horribles juramentos ordenaba á su ayuda de cámara matarle á palos si volvía á presentarse en Palais-Royal.

Buvat conoció que por este lado le era inútil, y que le era preciso renunciar, no solo á la esperanza de servir á d'Harmental, sino tambien á la de que volviera á hablarse del pago de sus atrasos, que habia creído tener ya en su mano. Esta série de reflexiones le condujo naturalmente á pensar que hacia ocho dias que no habia parecido por la biblioteca. Como se encontraba en el mismo barrio, resolvió dar por ella una vuelta, aunque no fuese mas que para disculpar su ausencia; pero allí le esperaba otra pena aun mas terrible. Al abrir la puerta de su dependencia vió una persona estraña sentada en su sillón: esta le habia reemplazado en su destino.

Como hacia quince años que Buvat no se habia tardado jamás una hora, el bibliotecario, creyéndole muerto, le habia reemplazado.

Buvat, pues, habia perdido su plaza en la biblioteca por haber salvado la Francia.

Estas eran demasiadas desgracias unas sobre otras. Buvat volvió á su casa agoviado de dolor, y casi tan malo como estaba Bathilde.

## CAPÍTULO VIII.

### BONIFACIO.

Entretanto, como ya hemos dicho, Dubois procuraba acelerar el proceso de d'Harmental, esperando que sus revelaciones le darian armas contra los que él queria castigar; pero d'Harmental se encerraba en una denegacion absoluta respecto de todos los demas cómplices. En cuanto á lo que le era personal á él mismo, todo lo confesaba, diciendo que la tentativa que habia ensayado contra el regente era el resultado de una venganza particular, venganza que él deseaba desde que cometieron la injusticia de quitarle su regi-



miento. Los hombres que le acompañaban y le habían dado auxilio en la empresa, decían que eran dos pobres diablos que lo hacían por dinero, y que ni siquiera sabían quien era el personaje que acompañaban. Todo esto no era á la verdad muy probable; pero como en las declaraciones no se podía poner otra cosa mas que lo que el acusado contestaba, resultó para confusion de Dubois que los verdaderos culpables escapaban á su venganza, resguardados con las eternas denegaciones del caballero, que declaraba no haber visto mas que una vez ó dos á madame del Maine, y aseguraba no haber sido encargado jamás por ella de ninguna mision ni empresa política.

Laval, Pompadour y Vales, habían sido presos y conducidos sucesivamente á la Bastilla; pero como sabían que podían contar con la reserva del caballero, y como apenas en el caso en que se hallaban habia sido previsto de antemano, y cada uno sabia bien lo que habia de decir, todos se encerraron en una absoluta negativa, confesando sus relaciones con madame del Maine; pero sosteniendo que estas relaciones se limitaban por su parte á una respetuosa amistad. Por lo que á d'Harmental hace, decían que le conocían por un hombre de honor, que tenia motivos de queja por cierta injusticia que le habían hecho: se les confrontó sucesivamente con el caballero, y el resultado del careo no fué mas que afirmarse cada cual en su sistema de defensa, asegurándose de que sus compañeros lo observaban religiosamente.

Dubois estaba furioso; sobrábanle pruebas para el asunto de los estados generales; pero este negocio habia terminado por la condenacion en pleno parlamento de las cartas de Felipe V, y la degradacion de los príncipes. Todo el mundo miraba aquel delito como suficientemente castigado con aquellas penas, y era imposible volver á perseguir á sus autores por la misma causa. Dubois habia contado, pues, con las revelaciones de d'Harmental para envolver á madame del Maine en un nuevo proceso, mas grave aun que el primero, porque esta vez se trataba de atentado directo, si no contra la vida al menos contra la libertad del regente; pero la obstinacion del caballero habia venido á defraudar todas sus esperanzas: su cólera habia recaído, pues, toda entera sobre d'Harmental, y como ya hemos dicho habia dado orden á Leblanc y á d'Argenson para seguir la causa con la mayor actividad, orden que estos dos magistrados cumplian con su puntualidad ordinaria.

Durante este tiempo, la enfermedad de Bathilde habia continuado en progreso ascendiente, poniendo á la pobre muchacha á punto de perecer; mas al fin la juventud y la robustez habían triunfado del mal, y á la exaltacion del delirio habia sucedido un abatimiento profundo, una postracion completa: hubiérase dicho que la calentura sola la sostenia, y que al descender llevaria consigo la vida de la enferma.

Sin embargo, cada dia se advertia una ligera mejoría que, aun cuando pequeña, no dejaba de notarse por las buenas gentes que rodeaban á Bathilde. Poco á poco fué reconociendo á las personas que la asistian, despues les habia ya alargado la mano y aun dirigido á veces la palabra. A pesar de todo eso, con general admiracion de cuantos la rodeaban se habia notado que Bathilde no volvia á pronunciar el nombre del caballero, y esto era un motivo de consuelo, porque como solo podian darle noticias tristes de él, preferian, segun se deja conocer, que Bathilde guardara silencio sobre el particular. Todos, pues, creian, y el médico el primero, que la jóven habia olvidado cuanto habia pasado, ó que si se acordaba confundia la realidad con los sueños del delirio.

— Pero aunque todos se hallaban en este error, hé aquí la verdad del caso. Una mañana que, creyendo dormida á Bathilde, la habian dejado sola por un momento, Bonifacio, que á pesar de la severidad de su vecina le conservaba siempre un gran fondo de cariño, habia entreabierto como acostumbraba hacer todos los dias, luego que se levantaba, la puerta de la enferma, asomando la cabeza para preguntarle como lo pasaba. Al gruñido de Mirza volvió la cara Bathilde, y viendo á Bonifacio creyó que él sabria algo de la persona por quien inútilmente preguntaba á todos; es decir, creyó que Bonifacio tendria noticia de lo que habia sucedido á d'Harmental. En consecuencia de esto, al mismo tiempo que contenia á Mirza, habia alargado su mano pálida y demacrada á Bonifacio. Bonifacio turbado la cogió entre las suyas, y mirando fijamente á la jóven y moviendo la cabeza.

— ¡Oh! sí, señorita Bathilde, sí, dijo, habeis tenido razon. Vos sois una señorita y yo no soy mas que un tosco plebeyo: necesitabais amar á un bello y elegante caballero, y vuestro amor jamás podria pertenecerme.

— Al menos como vos lo entendeis, Bonifacio; contestó Bathilde; pero os amo de otro modo.

— ¿Es cierto eso Bathilde? ¿es cierto? ¡Bien amadme como gustéis, con tal de que me ameis algo.

— Puedo amaros como á un hermano.

— ¡Como á un hermano! ¡Amaréis á este pobre Bonifacio como á un hermano! ¡y él podrá amaros como á su hermana! ¡podrá besaros alguna vez la mano como hoy la besa en este momento! ¡podrá abrazaros como abraza á Emilia y Athenais! ¡Oh! hablad, señorita Bathilde; ¿qué puedo hacer para conseguir tanta dicha?

— Amigo mio.... dijo Bathilde.

— Ah! me llama su amigo! contestó Bonifacio ¡su amigo me llama! á mí que tantas infamias he dicho de ella! ¡Oid, señorita Bathilde! no me llameis vuestro amigo, pues no soy digno de ese nombre, vos no sabeis todo cuanto yo he dicho de malo. Yo dije que viviais con un viejo; pero no lo creia, señorita Bathilde, os lo juro bajo mi palabra de honor: la rabia únicamente me hacia decir esas cosas. Señorita Bathilde! llamadme infame, llamadme malvado, sí, esto me causará menos dolor que oirme llamar vuestro amigo! ¡Ah pícaro Bonifacio! ¡oh infame Bonifacio!

— Amigo mio, contestó Bathilde, si habeis dicho todo eso yo os perdono, porque en el dia no solamente podeis reparar ese agravio, sino haceros tambien acreedor á mi eterna gratitud.

— ¿Y qué debo hacer para conseguirlo? Hablad, decid... ¿es preciso pasar por el fuego? ¿Es necesario arrojarse por la ventana del último piso? ¿es preciso?... no sé que me diga; pero todo lo haré: hablad, sea lo que fuere, todo me es igual.

— No, amigo mio, lo que de vos exijo es mas fácil que todo eso.

— Hablad, hablad, pues, señorita Bathilde.

— Antes quiero que jureis hacer lo que de vos exija.

— Lo juro por Dios, señorita Bathilde.

— ¿Aunque os persuadan á no hacerlo, lo ejecutaréis?

— ¿Y quién me ha de impedir á mí hacer lo que vos pidais? Nadie, nadie en el mundo!

— ¿Aunque sea alguna cosa que á mí me haya de causar pena?

— ¡Ah! eso ya es otra cosa, señorita Bathilde. No, si lo que he de hacer ha de causaros pena, quiero mejor que me descuarticen antes.

— Pero, ¿y si yo os lo pido, os lo suplico, hermano, amigo mio? dijo Bathilde con el tono de voz mas dulce.

— Oh! si me hablais en ese tono! ah! vais á hacerme llorar! ¡Mirad! mirad mis lágrimas cual corren!

Y Bonifacio diciendo esto comenzó á sollozar.

— Con que ¿me lo direis todo, mi querido Bonifacio?

— Oh! sí, todo, todo.

— Pues bien, decidme primero... y aqui se detuvo Bathilde.

— ¿Qué?

— ¿No lo adivináis, Bonifacio?

— ¡Ah! sí por cierto. No lo dudo, hablad. Lo que quereis saber es qué se ha hecho del caballero M. Raoul d'Harmental.

— Sí, sí, exclamó Bathilde; sí, eso quiero; decídmelo en nombre del cielo; ¿qué se ha hecho de él?

— ¡Pobre jóven! murmuró Bonifacio.

— ¡Dios mio! ¿ha muerto acaso? preguntó Bathilde incorporándose en la cama.

— No, felizmente no ha muerto; pero está preso.

— ¿Y dónde?

— En la Bastilla.

— Ya me lo figuraba, contestó Bathilde, dejándose caer de nuevo en la cama. ¡En la Bastilla! ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio!

— Vamos, vais á llorar ahora, ¡Bathilde! ¡señorita Bathilde!

— ¡Y yo estoy aqui en tanto acostada en esta cama, muriéndome, encadenada!

— ¡Oh! no lloréis asi, señorita Bathilde, vuestro pobre Bonifacio os lo suplica.

— No; no, yo seré fuerte, tendré valor: mira, Bonifacio, ya no lloro.

— ¡Me ha tuteado! exclamó Bonifacio.

— Pero ¿lo entiendes? continuó Bathilde con una exaltacion que se aumentaba, porque la calentura crecía tambien: ¿lo entiendes, buen amigo? es preciso que yo sepa todo, hora por hora, á fin de que el dia en que muera pueda yo tambien morir.

— ¡Vos morir, señorita Bathilde! ¡oh! ¡nunca, nunca!

— Se lo he prometido, contestó Bathilde, lo he jurado. Bonifacio, tú me tendrás al corriente de todo, ¿no es asi?

— ¡Ay Dios mio, Dios mio! ¡qué desgraciado soy por haber hecho esa promesa!

— Y despues, si fuese necesario, en el momento... en el momento terrible... tú me ayudarás... me conducirás allí, ¿no es verdad, Bonifacio?... es indispensable que yo vuelva á verle... una vez... una sola vez... y aunque sea sobre el cadalso.

— Todo lo que quisiéreis haré, todo, exclamó Bonifacio cayendo de rodillas anegado en lágrimas.

— ¿Me lo prometes así?

— Os lo juro.

— Silencio..... gente viene..... No digas de esto una palabra, pues debe ser un secreto para nosotros dos.

— ¡Bien, bien! para nosotros dos!

— Vamos, levantaos, enjugad vuestros ojos, y sonreios como yo.

— Y Bathilde se puso á reir con una agitacion febril, horrorosa. Felizmente quien entraba era Buvat. Bonifacio se aprovechó de esta coyuntura para salir.

— Vamos, ¿cómo estás? preguntó el buen hombre.

— Mejor, papaito..... mejor, dijo Bathilde. Siento que recobro las fuerzas por instantes, y creo que dentro de pocos dias podré ya levantarme. Pero vos, papaito, ¿cómo no vais á vuestra biblioteca?

— Buvat lanzó un gémido.

— Cuando yo estaba de peligro bien haciais en no separaros de aqui; pero ahora que estoy ya mejor, preciso es que vayáis, lo oís, papaito?

— Sí, sí, hija mia, contestó Buvat devorando su dolor..... si iré.

— Bien, ¿y no venís á abrazarme?

— Sí, sí, papaito, contestó Buvat devorando su dolor..... si iré.

— Vaya, ahora llorais vos..... pero ya veis que estoy mejor: queréis hacerme morir de pena?

— ¡Sí, lloro, dijo Buvat enjugándose las lágrimas con el pañuelo: lloro; pero mis llantos son de alegría. Sí, voy á la biblioteca, ahora mismo me voy.

Y Buvat, despues de haber abrazado á Bathilde, subió á su casa, porque no queria decir á la pobre enferma que habia perdido el empleo: la jóven volvió á quedarse sola.

Entonces fué cuando Bathilde respiró libremente: ya estaba tranquila. Bonifacio, como pasante de un procurador de Chatelet, estaba en posicion de saber todo lo que ocurria, y Bathilde se hallaba segura de que Bonifacio se lo diria todo. En efecto, desde el dia siguiente supo ella que Raoul habia presentado declaracion, y que se habia cargado toda la culpa: en el posterior supo tambien que habia sido careado con Vales, Laval y Pompadour; pero que este careo nada habia producido. En fin, fiel á su promesa, Bonifacio le llevaba todas las noches las noticias del dia; y cada noche Bathilde, por alarmantes que estas noticias fuesen, se sentia con nuevas fuerzas. Quince dias pasaron asi. Al cabo de este tiempo Bathilde comenzaba ya á levantarse y á pasear por su cuarto, con gran alegría de Buvat, de Nanetta y de toda la familia Denis.

Un dia Bonifacio, contra su costumbre, volvió á las tres de casa de su procurador M. Jolon, y entró en la habitacion de la enferma: el pobre jóven estaba tan pálido y desemblantado, que Bathilde conoció que traia alguna noticia funesta; entonces lanzó un grito, se puso de pié, y fijos los ojos en él.

— ¿Se acabó ya todo? dijo.

— ¡Ah! contestó Bonifacio, la culpa tiene él por su terquedad. Se le ofrecia el perdon ¿lo entendéis, señorita Bathilde? se le ofrecia el perdon y no ha querido revelar nada.

— Con que, exclamó Bathilde, ¿no hay esperanza ninguna, está condenado?

— Desde esta mañana, señorita Bathilde, desde esta mañana.

— ¿A muerte?

Bonifacio hizo señal afirmativa con la cabeza.

— Y ¿cuándo se le ejecuta?

— Mañana á las ocho.

- Bien, dijo Bathilde.
- ¡Si desde aquí á mañana se decidiera á denunciar á sus cómplices!.....
- La pobre Bathilde se puso á reir; mas con una risa tan estraña, que Bonifacio tembló de los pies á la cabeza.
- Pero al fin, dijo Bonifacio ¿quién sabe? Yo en su lugar no dejaria de hacerlo. Yo diria. Señores, no he sido yo, sino fulano y fulano.
- Bonifacio, dijo Bathilde, es preciso que yo salga.
- Vos, señorita Bathilde, exclamó Bonifacio asustado ¿vos salir? eso es querer mataros.
- Vuelvo á repetiros que es preciso que yo salga.
- ¡Pero si no podéis teneros de pié!
- Os equivocais, Bonifacio; mirad, estoy ya fuerte.
- Y Bathilde se puso á pasear con paso firme y seguro.
- Además continuó diciendo Bathilde vais á buscarme un coche.
- Pero, señorita Bathilde.....
- Bonifacio, habeis prometido obedecerme, dijo la jóven. Hasta ahora habeis cumplido vuestra palabra, ¿estais cansado ya de vuestra conducta?
- Yo, señorita Bathilde! yo cansado de complaceros! Que Dios no me perdone si hay una sola palabra de verdad en cuanto estais diciendo. Me pedís un coche, pues bien, ahora mismo voy á buscar dos.
- Id, amigo mio, dijo la jóven, id, hermano.
- ¡Ah! deteneos, señorita Bathilde, con esas palabras me haríais hacer cuanto quisierais. Dentro de cinco minutos estará aquí el coche.
- Y Bonifacio salió corriendo al decir esto.
- Bathilde tenia puesto un ancho vestido blanco, se lo ajustó con un cinturón, se puso un gran pañuelo, y se preparó para salir. Cuando se acercaba á la puerta entró madame Denis.
- Hija mia, exclamó la buena muger, ¿qué vais á hacer?
- Señora, contestó Bathilde, es preciso que yo salga.
- ¡Vos salir...! ¿estais loca?
- Os equivocais, señora, tengo sana mi razon, dijo Bathilde sonriéndose tristemente; acaso me pondriais en ese estado impidiéndome salir.
- Pero decidme, ¿dónde vais, hija mia?
- ¿No sabeis que está condenado á muerte?
- ¡Ay Dios mio! ¡Dios mio! ¿quién os lo ha dicho? Yo habia encargado á todos ocultaros esa terrible noticia.
- Sí, y mañana habriais venido á decirme que habia muerto. Entonces yo os hubiera contestado: vos sois quien le habeis muerto, porque me habeis ocultado su condenacion, cuando acaso tengo un medio de salvarlo.
- Vos, hija mia, ¿vos teneis un medio de salvarlo?
- He dicho que acaso pueda conseguirlo, señora. Dejadme, pues, usar ese medio, porque es el único recurso que me queda.
- Id con Dios, hija mia, id con Dios, dijo madame Denis, dominada por el tono inspirado de Bathilde. Su Magestad os guie.
- Y madame Denis, dió una media vuelta para dejar el paso libre á Bathilde.
- Bathilde salió, bajó la escalera con un paso lento, pero firme, atravesó la calle, subió sin descansar al cuarto piso de su casa, y abrió la puerta de su cuarto, donde no habia vuelto á entrar desde el dia de la catástrofe. Al ruido que ella hizo salió Nanetta del gabinete y lanzó un grito, creyendo ver la sombra de su jóven señora.

- Dime, preguntó Bathilde con un tono grave, ¿qué es lo que tienes?
- ¡Ay Dios mio! exclamó la pobre muger temblando, ¿sois vos, señora?
- Sí, yo soy, Nanetta, yo misma: cerciérate abrazándome. A Dios gracias no he muerto aun.
- ¿Y por qué habeis salido de casa de madame Denis? ¿Os habeis incomodado con alguna imprudencia suya?
- No, buena Nanetta, no; pero es preciso que yo dé un paseo.
- ¿Vos salir y pasear en el estado en que estais? ¡imposible! eso seria mataros. Mr. Buvat, Mr. Buvat, mirad que la señorita quiere salir, venid á impedirselo.

Bathilde se volvió hácia Buvat con ánimo de emplear su ascendiente sobre él si trataba de impedirle la salida; pero le vió con una cara tan demudada, que no dudó que supiera la fatal noticia. Por su parte Buvat, al verla, prorumpió en amargo llanto.

- Padre mio, dijo Bathilde, lo que hasta el dia se ha hecho es la obra de los hombres; pero la obra de los hombres ha concluido, y lo que resta que hacer pertenece á Dios. Dios, padre mio, se apiadará de nosotros.

- ¡Oh! exclamó Buvat cayendo sobre un sillón, ¡yo soy quien le he matado! ¡yo le he asesinado!

Bathilde se dirigió con paso grave á él y le besó en la frente.

- ¿Pero qué vais á hacer, hija mia? preguntó Buvat.

- Mi deber, contestó Bathilde.

Y abrió un pequeño armario, sacó de él una cartera negra, la abrió y cogió de ella una carta.

- ¡Oh! tienes razon, tienes razon hija mia! exclamó Buvat; yo habia olvidado eso.

- Pero yo me acordaba, repuso Bathilde besando la carta y poniéndosela sobre el corazon; porque esta es la única herencia que me ha dejado mi padre.

- Adios, papá mio, adios Nanetta, dijo Bathilde, pedid á Dios ambos que salga bien de mi empresa.

Y Bathilde salió con aquella gravedad solemne que le hacia parecer á los ojos de los que en aquel acto la verian una santa bajada del cielo.

A la puerta encontró á Bonifacio, que la esperaba con el coche.

- ¿Iré con vos, señorita Bathilde? preguntó Bonifacio.

- No, amigo mio, contestó la jóven alargándole la mano, no: esta tarde no vendrás, acaso mañana.....

Y diciendo esto subió al carruaje.

- ¿A dónde quereis que nos dirijamos, señorita? preguntó el cochero.

- Al arsenal, respondió Bathilde.

---

## Teatros de la Corte.

CRUZ: Con deliberada intencion hemos guardado silencio sobre el drama que en la noche del último viérnes se representó en este teatro con el título de Zaida. No hemos querido que nuestra censura aumentase el descabro que aquella produccion ha hecho sufrir al buen nombre y justo crédito de un jóven de talento. En vano nos esforzaríamos por encontrar en Zaida alguna cosa digna de elogio si se esceptúa la versificacion siempre fácil y armoniosa, dul-

císima á veces y fascinadora. Y esto es justamente lo que ménos perdonamos al autor, haber aplicado su rica vena á un drama en que ni situaciones, ni caracteres, ni enredo, ni nada, absolutamente nada, se encuentra; solo se deja ver que el poeta versifica con tanta facilidad como habla y que ha ido hilvanando una tras de otra escena hasta que le ha parecido haber escrito bastante para entretener al público una noche y allí ha pegado la escena final, la cual podria estar en cualquiera otra parte del drama.

¡Qué lástima que así se gasten ingenios tan esclarecidos como el del señor García Gutierrez! ¡Qué lástima que se ponga á escribir solo por salir del paso y no para ganar el distinguido renombre que por su talento merece! Afortunadamente parece que va á representarse en breve otro drama del mismo autor titulado Simon Bocanegra, que segun el dictámen de los inteligentes añadirá nuevo laurel á la corona del poeta. Así sea y que podamos nosotros entregarnos al placer de encomiar las concienzudas obras del genio, cumpliendo así con un deber de imparcialidad y con un deber de amistad sincera.

Hemos elogiado como es justo la versificación de Zaida: nosotros la creemos de tanto efecto que nos aventuramos á decir que si la ejecucion no hubiera sido la mas lánguida y descolorida que háyamos jamas visto en los teatros principales de la corte, tal vez se habria salvado el drama. Como prueba de nuestro aserto citaremos algunos trozos.

El rey D. Alfonso VI cuenta así, como dió muerte á un mancebo que galantea á Zaida:

*Alfonso.*

Escuchad: fué por mi vida  
Terrible lance.

*D. Vela.*

Ya os oigo.

*Alfonso.*

Salgo de su casa; apenas  
Tras de mí la puerta entorno,  
Cuando un hombre se me acerca  
Con ademan misterioso.  
Oculto el rostro traia  
En los pliegues del embozo,  
Y el sombrero con donaire  
Calado sobre los ojos.  
Nos miramos breve rato:  
Nos hablamos claro y corto.  
- Salís de esa casa, dijo.  
- Ya lo habeis visto, respondo.  
- Y en esa casa sin duda  
Buscáis amores. - Supongo.  
- Pues ved lo que haceis, replico,  
Que ha de morir uno ú otro.  
Echando á un lado la capa  
Gallardamente animoso,  
Desnuda el acero: entónces  
Le vi con la luna el rostro.  
Jóven era: aun no asomaba  
Sobre sus labios el bozo;

Mas tan osado y resuelto  
Como pudiera yo propio.  
Medimos nuestras espadas:  
¡Buen brazo! mancebo y todo.  
Era un Cid. Estavo el lance  
Por largo rato dudoso.  
El callaba, y yo callaba:  
Me defiando, y le reporto,  
Que por Dios que me pesaba  
Darle la muerte tan mozo.  
Pero él ciego se adelanta,  
Y sin pensar, no sé como...

*D. Vela..*

¿Le heristeis?

*Alfonso.*

Soy muerto dijo  
Con triste lamento sordo.  
Volvióse á lanzar de nuevo,  
Y mi espada con asombro  
Hallé en su pecho clavada  
Desde la punta hasta el pomo..

*D. Vela..*

¿Y luego?

*Alfonso.*

Murió sin duda.  
Le abandoné temeroso  
De ser de alguien conocido,  
Y aprisa al palacio torno.

Mas adelante el padre del mancebo muerto, al saber que es el Rey su matador le dice asi:

..... de vuestra historia  
 Las páginas recorred  
 O á lo pasado volved  
 Los ojos de la memoria.  
 Sin mí que en vuestro decoro  
 Os serví noble y leal,  
 Vistiérais hoy un sayal  
 En vez de púrpura y oro.  
 Y cuando por saña ó miedo  
 Os guardaba Alimenon  
 Yo rompí vuestra prision  
 Porque huyeseis de Toledo.  
 Ya sabeis que no blasona  
 Mi orgullo con insolencia,  
 Que me debeis la existencia  
 Y mil veces la corona.  
 Cuándo os he vuelto la cara?  
 En que campo, vive Dios,  
 Corrió sangre en que por vos  
 Mi sangre no derramára?

Que si mis males prolijos  
 Lidiar tal vez me vedaron,  
 En mi puesto derramaren  
 Su noble sangre mis hijos.  
 Y no ha tornado ninguno  
 De cuantos á Toro fueron  
 Que en sus muros perecieron,  
 Hijos del alma! uno á uno.  
 Y vos me quitais esquivo  
 Cuanto yo en el mundo amaba!  
 El solo que me quedaba  
 En vuestra defensa viyo.  
 Mas tanto y tan negro ultraje  
 Si mi sufrimiento os prueba,  
 Tambien desde hoy me releva  
 De obediencia y vasallaje.  
 Que no ha de callar mi labio  
 Á quien mi soberbia humilla,  
 Ni se dobla mi rodilla  
 Como al respeto al agravio.

Finalmente cuando en el acto tercero Benamet descubre á Zaida el secreto de su nacimiento, dice hablando de su esposa.

Elvira era su nombre; era la hermosa  
 De blanca frente, y celestial sonrisa  
 Que en tu memoria vive y que aun rebosa  
 Mal grado á mi despecho,  
 Del pobre viejo en el cansado pecho.  
 Amada sin rival como no ha sido  
 Amada otra muger; vió de repente  
 Su miserable asilo convertido  
 En alcazar luciente.  
 Era allá en los jardines de la España  
 Dó reverbera el sol ardiente y puro,  
 Donde el Betis azul fecundo baña  
 De un rico imperio el formidable muro.

Quisiéramos seguir en la agradable tarea de entresacar bellos trozos de poesía, pero necesitaríamos para hacerlo cumplidamente copiar casi todo el drama, y no es ese nuestro ánimo.